

Comunidad parroquial y ministerio laical

Valentino Bulgarelli

Director nacional para la catequesis en la CEI

Premisa

En la Asamblea General de mayo de 2022, los obispos italianos aprobaron una nota *ad experimentum* para los próximos tres años con el objetivo de incorporar las intervenciones del papa Francisco para orientar la práctica concreta de las Iglesias que están en Italia sobre los ministerios instituidos, tanto del lector y del acólito como del catequista. Además, con esta nota, la Conferencia Episcopal Italiana ha incluido el tema de los «ministerios instituidos» dentro del camino sinodal de las Iglesias que están en Italia, para que se convierta también en una oportunidad para renovar la *forma eclesial* en clave más comunitaria. El camino sinodal constituirá así un lugar ideal para comprobar también el impacto efectivo de los nuevos ministerios instituidos del lector, del acólito y del catequista en la práctica eclesial.

Propongo un camino en dos momentos: en primer lugar, una presentación de las elecciones hechas por los obispos italianos sobre los ministerios y luego una reflexión en perspectiva sobre lo que estas elecciones podrían generar.

I. Los ministerios de lector, acólito y catequista: Las orientaciones de los obispos para las iglesias que están en Italia

Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común (1 Cor 12,4-7).

El apóstol Pablo, ante la vitalidad de la comunidad de Corinto, articula carismas, ministerios y actividades de manera trinitaria, refiriéndolos respectivamente al Espíritu, a Cristo Señor y al Padre, sin dar una definición y un orden precisos en la siguiente lista de carismas. Sin embargo, indica dos coordenadas para el discernimiento eclesial: por un lado, pone el primado de la acción del único Espíritu, que distribuye sus dones como quiere; por el otro, pone en valor la edificación de toda la comunidad.

LOS DOS *MOTU PROPRIO* DEL PAPA FRANCISCO

Dentro de este horizonte, a la vez histórico-salvífico y eclesial, vocacional y ministerial, deben situarse los documentos relativos a los ministerios de lector, acólito y catequista, recientemente promulgados por el papa.

A raíz del Concilio Vaticano II, Pablo VI ya había querido revisar la práctica de la Iglesia latina en relación con los órdenes sagrados tal como había sido formulada por el Concilio de Trento. El Concilio Vaticano II había ordenado que «el ministerio divinamente instituido se ejerza en otros órdenes distintos de los que en la antigüedad se llamaban obispos, presbíteros y diáconos» (*Lumen gentium*, 28). En línea con esa decisión, el *motu proprio Ministeria quaedam* (15 de agosto de 1972) abolió los «órdenes menores» del ostiario, el exorcista, el lector y el acólito, y el orden mayor del subdiácono, que fueron conferidos en vista de la ordenación sacerdotal, configurando los del lector y del acólito como «ministerios instituidos», ya no considerados como reservados a los candidatos al sacramento del orden sagrado.

Cincuenta años después, el papa Francisco ha promulgado el *motu proprio Spiritus Domini* (10 de enero de 2021), con el que ha superado el constreñimiento de la *Ministeria quaedam* que «reservaba el lectorado y el acolitado solo a los hombres» y la inclusión de mujeres en los ministerios laicales/bautismales con la modificación del can. 230 § 2, acompañando la decisión con la *Carta del santo padre Francisco al prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el acceso de la mujer a los ministerios de lectora y acólita*. El papa Francisco también promulgó el *motu proprio Antiquum ministerium* (10 de mayo de 2021), sobre el establecimiento del ministerio del catequista para la Iglesia universal. La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos luego siguió con una *Carta a los presidentes de las Conferencias de Obispos sobre el rito de institución de los catequistas* (13 de diciembre de 2021), con el rito correspondiente adjunto.

Los dos *motu proprio* permiten hacer cada vez más evidente esa indispensable contribución de la mujer, de la que ya había escrito el papa Francisco, invitándonos en consecuencia a «ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia» (*Evangelii gaudium*, 103).

MINISTERIOS EN LA IGLESIA

En *Ministeria quaedam*, citando el Concilio Vaticano II, Pablo VI señaló que, distinguiendo...

... entre lo propio y reservado a los clérigos y lo que puede ser confiado a los fieles laicos, aparecerá más claramente su relación recíproca, ya que el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque difieren esencialmente y no solo en el grado, están sin embargo ordenados el uno al otro, ya que ambos, cada uno a su manera, participan del único sacerdocio de Cristo (*Lumen gentium*, 10).

El «ministerio ordenado», conferido con el sacramento del orden sagrado a obispos, presbíteros y diáconos, es sentido por la conciencia de fe como esencial para la vida de la Iglesia. Desde un principio surgieron figuras ministeriales junto a los ministros ordenados que realizaban diversos servicios a favor de la comunidad cristiana. En el curso

de la historia, con el continuo cambio de las situaciones eclesiales, sociales y culturales, el ejercicio de estos servicios en la Iglesia ha tomado diversas formas.

Los ministerios, nacidos como formas de servicio a las necesidades concretas de la comunidad, se enmarcaron progresivamente en un sistema clerical como órdenes menores que, dentro de un camino ascendente, conducían al sacerdocio: de este modo terminamos orientando hacia el sacramento del orden, en lugar de hacia el bautismo. Se trata pues de recuperar hoy la referencia bautismal, indicando en el sacerdocio común la raíz de los «ministerios instituidos» y de los muchos ministerios de hecho que la Iglesia está llamada a discernir para un servicio adecuado al pueblo de Dios.

El *motu proprio Ministeria quaedam* configuró los «ministerios instituidos» como una forma de ejercer el sacerdocio común (aunque no el único) de los fieles, destacándolo entre las múltiples formas posibles de ministerio eclesial. Se trata de quienes, habiendo recibido el bautismo y la confirmación y estando dotados de un carisma particular para el bien común de la Iglesia, habiendo superado un adecuado proceso de discernimiento y preparación, reciben un mandato preciso del obispo con un acto litúrgico. La conformación a Cristo y las raíces bautismales y crismales comunes ponen los ministerios en la Iglesia, cada uno a su manera, al servicio de la configuración de su cuerpo eclesial y de la transmisión del evangelio.

Corresponden a esta descripción los ministerios de lector, acólito y catequista, que los documentos pontificios vinculan expresamente a los sacramentos de la iniciación cristiana. Lectorado y acólito tienen sus raíces en el bautismo y la confirmación y su finalidad en el servicio de la liturgia, en particular en la mesa donde se ofrecen al creyente la Palabra y el pan (cf. *Dei Verbum*, 21) y de la que brota el compromiso mismo de la vida cristiana. El ministerio del catequista encuentra su fuente en los sacramentos del bautismo y la confirmación, que hacen de la persona hija de Dios y responsable en la fe para ser a su vez testigo fiable y creíble para los demás.

Sobre estos fundamentos sacramentales descansa el reconocimiento de la Iglesia y el mandato público para el ejercicio de estos específicos ministerios instituidos. A continuación se recuerdan las indicaciones esenciales sobre la identidad y funciones de estos ministerios.

IDENTIDAD Y TAREAS DE LOS TRES MINISTERIOS

a. Los lectores

Identidad. El ministerio del lector se refiere a la presencia de Cristo, Verbo hecho carne, en la Iglesia y en el mundo. En particular, el lector, a partir de una escucha asidua de las Escrituras, proclama y anuncia la Palabra de Dios, en la que la voz del Espíritu resuena en palabras humanas (cf. *Sacrosantum Concilium*, 7; *Verbum Domini*, 53).

Tareas. La tarea del lector se realiza en primera instancia en el contexto de la liturgia de la Palabra dentro de la celebración eucarística, de modo que se hace evidente que el anuncio de la Palabra es fuente y lugar normativo del anuncio. El ministerio del lector tiene encomendada la tarea de preparar a la asamblea y a los lectores para escuchar y proclamar los pasajes escogidos para la liturgia de la Palabra con competencia y sobria dignidad. El lector podrá también desempeñar un papel en las diversas formas litúrgicas de celebración de la Palabra y en las iniciativas de (primer) anuncio hacia los que están lejos. A esto se suma la tarea más amplia de animar momentos de oración y meditación (*lectio divina*) sobre los textos bíblicos, con especial atención también al diálogo ecuménico. En general, está llamado a acompañar a los fieles ya quienes buscan un encuentro vivo con la Palabra, proporcionando claves y métodos de lectura para su correcta interpretación y su fecundidad espiritual y pastoral.

b. El acolitado

Identidad. El ministerio del acólito se refiere a la presencia de Cristo en la eucaristía de la Iglesia para la vida del mundo. En particular, el acólito se dedica al servicio de la eucaristía, sacramento del cuerpo de Cristo que en la última cena significó el ofrecimiento de su vida por la salvación de todos.

Tareas. La tarea del acólito es servir en el altar, signo de la presencia viva de Cristo en medio de la asamblea, donde el pan y el vino se convierten en especies eucarísticas por obra del Espíritu Santo y donde los fieles, nutridos por el único pan y el beber de la única copa, llegan a ser un solo cuerpo en Cristo. También tiene encomendada la tarea de coordinar el servicio de distribuir la comunión dentro y fuera de la celebración de la eucaristía, de animar la adoración y las diversas formas del culto eucarístico, que irradian en el tiempo la acción de gracias de la Iglesia por el don que Jesús hizo con su cuerpo entregado y su sangre derramada. A esto se suma la tarea más amplia de coordinar el servicio de llevar la comunión eucarística a toda persona que se vea impedida de participar físicamente en la celebración por razón de edad, enfermedad o circunstancias singulares de la vida que limiten su libre movimiento. Él es el ministro de la comunión y al servicio de la comunión que actúa como puente entre el único altar y las muchas casas. De manera especial, la inclusión de la mujer en este ministerio hace aún más evidente el cuidado maternal de la Iglesia por sus hijos, sobre todo por aquellos que se encuentran en condiciones difíciles.

c. El catequista

Identidad. El ministerio del catequista se refiere a la presencia en la Iglesia y en el mundo del Señor Jesús, que por obra del Espíritu Santo llama a todo hombre a la salvación, haciéndose hijo de Dios, en particular el catequista, en armónica colaboración con el ministro ordenado, se dedica al servicio de toda la comunidad, en particular a la transmisión de la fe y a la formación de una mentalidad cristiana, testimoniando también con la propia vida el santo misterio de Dios, que nos habla y se entrega a nosotros en Jesús.

Tareas. La tarea del catequista es formar en la vida cristiana, bebiendo de la Sagrada Escritura y de la tradición de la Iglesia. En primer lugar, esta tarea se realiza en la atención de la catequesis de iniciación cristiana, tanto para niños como para adultos. A esto se suma también el oficio más amplio de acompañar a quienes ya han recibido

los sacramentos de iniciación en el crecimiento de la fe en las diversas estaciones de su vida. Es el ministro que acoge y acompaña a dar los primeros pasos en la experiencia del encuentro con la persona de Cristo y en el discipulado de quienes expresan el deseo de una experiencia de fe, convirtiéndose así en misionero hacia las periferias existenciales. Finalmente, se le puede pedir que coordine otras figuras ministeriales laicas dentro de la parroquia, dedicadas a la liturgia, la catequesis y otras formas de evangelización y cuidado pastoral. Entre las posibilidades indicadas por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, la Conferencia Episcopal Italiana opta por conferir el «ministerio establecido» del catequista a una o varias figuras de coordinación de los catequistas de iniciación cristiana de los niños (cf. n. 9) y a los que «realizan de manera más específica el servicio del anuncio» en el catecumenado de adultos (cf. n. 10). El ministerio del catequista, según la prudente decisión del obispo y las opciones pastorales de la diócesis, puede ser también, bajo la moderación del párroco, un referente de las pequeñas comunidades (sin la presencia estable del sacerdote) y puede conducir, en ausencia de los diáconos, las celebraciones dominicales en ausencia del sacerdote y en espera de la eucaristía. De este modo, entre otras cosas, será cada vez más evidente la corresponsabilidad en el ámbito pastoral entre el sacerdote y el catequista.

FORMACIÓN PARA MINISTERIOS

Todo ministerio instituido tiene una fuerte connotación vocacional. El servicio en la Iglesia no tiene forma de profesión, ni de cargo honorífico: se trata más bien de asimilar los rasgos del Maestro, que no vino para ser servido sino para servir (cf. Mc 10,45).

El Señor llama a quien se instituye en uno de estos ministerios a ponerse a disposición de todos para la edificación de los hermanos. Las comunidades con sus presbíteros pueden presentar candidatos a ministerios, que serán confirmados por el obispo después de un tiempo de adecuado acompañamiento de un equipo de expertos. De hecho, el obispo en primer lugar reconoce esta vocación y evalúa su utilidad

para un servicio específico dentro de la realidad eclesial local; luego da la confirmación pública con su propio rito litúrgico, con lo que también confiere el mandato para ese ministerio laical específico.

A los ministerios instituidos de lector, acólito y catequista pueden acceder hombres y mujeres que manifiesten su disponibilidad, según los siguientes criterios de discernimiento: sean personas de fe profunda, formadas en la Palabra de Dios, humanamente maduras, que participen activamente en la vida de la comunidad cristiana, capaz de establecer relaciones fraternas, capaz de comunicar la fe tanto con el ejemplo como con la palabra, y reconocido como tal por la comunidad, en las formas y modos que el obispo estime convenientes.

Al mismo tiempo, los obispos deben establecer cursos de formación adecuados para lograr tres fines esenciales: ayudar en el discernimiento de la idoneidad intelectual, espiritual y relacional de los candidatos; formación perfecta con vistas al servicio específico, con el ejercicio de actividades pastorales adecuadas; permitir la continua actualización bíblica, teológica y pastoral de quienes ya han recibido un mandato para un ministerio. Estos cursos de formación se pueden realizar con la ayuda de instituciones académicas existentes en la zona como los Institutos de Teología y Ciencias Religiosas. El apoyo de estas instituciones facilitaría la tarea de estructurar planes de formación, que incluyen no solo lecciones presenciales, sino también seminarios y becas *in situ*.

Se pide a los pastores que sensibilicen a la comunidad cristiana para dejar emerger esos dones del Espíritu, que pueden convertirse en ministerios laicos eficaces. Atender los nuevos ministerios abre la posibilidad concreta de rediseñar el panorama de las comunidades cristianas. El camino sinodal en marcha en las Iglesias que están en Italia es una ocasión propicia para que la recepción de los ministerios en las distintas Iglesias locales se realice de forma sinodal. De esta forma se podrá crear espacio para nuevas figuras capaces de poner en marcha una percepción más dinámica del anuncio del evangelio, con la riqueza de nuevos rostros y experiencias diferenciadas.

EL MANDATO

Al final de la fase de discernimiento vocacional y formación básica, el candidato es instituido con el rito litúrgico previsto por el *Pontifical Romano*. Como sugiere la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos:

La «estabilidad» del ministerio [...] además de expresar el hecho de que está «permanentemente» presente en la Iglesia, significa también afirmar que los laicos y las calidades determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser asumidos de manera estable (como lectores y acólitos) al ministerio de catequista: esto se realiza por el rito de institución que, por tanto, no puede repetirse (n. 3).

El rito litúrgico muestra así no solo que el pastor reconoce en el candidato una vocación al servicio eclesial, sino que toda la comunidad se alegra de acoger y apoyar al nuevo ministro en su misión.

El ministerio de los catequistas se inserta así plenamente en el seno de la Iglesia local, de la que se genera al servicio del pueblo de Dios. En cuanto a la edad de admisión, lo que ya está escrito en el documento de la Conferencia Episcopal Italiana, *I ministeri nella Chiesa*, publicado en 1973, que en el n. 9 estableció el límite de 21 años, luego elevado a 25 años en la resolución n. 21 de 18 de abril de 1985. En cuanto a la duración, el ministerio se confiere por un período inicial de cinco años, seguido de una verificación realizada por el obispo junto con un equipo encargado de ello. A la luz de esta verificación, será posible confirmar el ejercicio del ministerio, teniendo en cuenta el cambio en las condiciones de vida del ministro instituido y las siempre cambiantes necesidades eclesiales. Terminado el tiempo de ejercicio del ministerio instituido, las comunidades están llamadas a no desperdiciar la riqueza pastoral del servicio prestado, sino a valorarla en relación con otros ministerios que son de hecho necesarios para la edificación del cuerpo de Cristo. Finalmente, en cuanto al tiempo de formación, se prevé al menos un año con la orientación de un equipo diocesano, que podrá continuar la formación en las primeras etapas del ejercicio del ministerio.

BALANCE

«La realidad es superior a la idea. [...] El criterio de la realidad, de un Verbo ya encarnado y que busca siempre encarnarse, es esencial a la evangelización» (EG 233). Tomo prestadas estas palabras del papa Francisco para iniciar mi reflexión precisamente a partir de algunos datos de la realidad, que se me permite ver desde el privilegiado observatorio en el que me encuentro.

En los últimos meses ha habido y habrá análisis de lo que viviremos en los próximos meses: se suele reiterar que la nuestra es la era de la posmodernidad, caracterizada por una cierta fluidez de posiciones, por una rica variedad de la comunicación, de las tendencias a la polarización de las ideas, etc.: además, todo ello forma un cuadro en constante evolución. Las hipótesis de solución deben, por tanto, tener en cuenta las transformaciones que se están produciendo y ser flexibles y acordes con los tiempos.

Huyendo por un momento del revoltijo de análisis, quiero partir no tanto de las voces que resuenan en los medios y en las reflexiones de los expertos, sino de las voces más apagadas pero no menos verdaderas. Sobre todo, son las voces de los niños, que impactan con su espontaneidad y eficacia: «No recuerdo lo que era antes del covid»; «Solo tengo un deseo: volver a abrazar a mis abuelos». Hasta las palabras de los adolescentes llegan al corazón: «Estoy perdiendo los mejores años de mi vida»; «Había esperado tanto para poder ir a la universidad, pero ahora siempre me encuentro frente a una computadora». Las voces de los expertos, pues, llaman a confiar en la ciencia, aunque hoy todo el mundo es consciente de lo falible y perfectible que es. Todavía nos alcanza el clamor de médicos y trabajadores de la salud, que piden ser ayudados con un comportamiento social responsable. Y por último, resuenan las palabras de algunos párrocos, junto a sus catequistas y colaboradores pastorales, que ven disminuir el número de actividades y la participación del pueblo en las liturgias, preocupados por no poder volver a los niveles anteriores. Sin embargo, al mismo tiempo está surgiendo la conciencia de que uno no debería simplemente soñar con un retorno a la llamada «normalidad».

De hecho, lo que era normal y obvio en nuestro comportamiento hasta hace unos meses, como un abrazo, de repente descubrimos que ya no lo es. Esto concierne a la sociedad: pero si la pandemia está reconfigurando la vida cotidiana, ciertamente lo está haciendo también dentro de la comunidad cristiana, con sus actividades y rituales. También en el presente año pastoral, todavía marcado por la pandemia del covid-19 y sus efectos, se siente la necesidad de sostener la pasión y el deseo, mezclados con las penalidades y quizás también con las desilusiones, de los catequistas, religiosos y religiosas, párrocos, parroquias, asociaciones y movimientos, para el anuncio del evangelio y la catequesis. Nadie tiene una solución única y segura para lo que está pasando y sobre todo para lo que nos queda por delante. Sin embargo, todos nos vemos obligados a salir de la zona de confort tradicional: desde los párrocos hasta los catequistas, desde los obispos hasta los expertos, desde los más fervientes creyentes hasta los no creyentes. Una petición común y apremiante es que la Iglesia hable a la vida ordinaria y cotidiana de la gente. Impulsada por el advenimiento de un nuevo escenario cultural, la comunidad cristiana ha madurado, o está madurando, la necesidad de recuperar la posesión de su finalidad redescubriendo el sentido último de su misión: facilitar y mediar el encuentro entre el hombre y Dios es la tarea eclesial más urgente de nuestro tiempo.

El retorno del sentido religioso, aunque no en términos convencionales, es expresión no solo de una lucha por vivir, sino sobre todo de una incontenible demanda de sentido. La visión cristiana de la salvación anuncia que la compañía de Dios tiende a aligerar la vida humana de los pesos con que se carga inconscientemente, a liberarla de las cadenas con las que muchas veces ensaya su propio poder, a abrirse paso por aquellos lugares donde, por miedo a la elección, tiende a retirarse. Y, sobre todo, el cristianismo se presenta como horizonte de sentido de la vida, releído en la lógica de la Pascua de Cristo. La fidelidad a este mensaje de liberación y salvación debe llevar a la comunidad cristiana a repensar las formas de su presencia en una sociedad posmoderna, sin precipitaciones y sin cierres rígidos en dirección a un pasado excesivamente idealizado.

II. Posibles horizontes

Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo (Ap 3,20).

La revelación en cada página de la Biblia se compara con la historia. Un Dios que se revela en el devenir del tiempo, en las historias de hombres y mujeres, en la construcción de comunidades de hombres y mujeres. La Biblia nos habla de un Dios que participa de la vida, iluminándola, transformándola y orientándola en una nueva dirección, revelando las estructuras de pecado que acechan en ella.

A grandes rasgos, se podría decir que hoy en día la idea de la «encarnación» de lo divino en lo humano ha desaparecido de la conciencia de muchos. Si hasta hace veinte años el «peligro» para la Iglesia era el ateísmo, hoy es más bien el relativismo que, en definitiva, es una variante del indiferentismo. Pocos niegan en nuestros días que «Dios existe» y muchos, de hecho, se inclinan a admitirlo; el problema es que este Dios no tiene impacto en los humanos. «Dios existe», pero está relegado al cielo; «existe», pero para sí mismo. De lo que hoy se trata no es tanto de la existencia como de la presencia de Dios. La crisis de la encarnación significa, pues, la dificultad de reconocer la incidencia de lo divino en lo humano, de admitir que lo humano puede llevar en sí lo divino. Paradójicamente, por lo tanto, es más difícil creer en el hombre que en Dios: hoy, el hombre es el tema crucial.

La consecuencia es la progresiva devaluación del hombre, de su esencia y de sus relaciones temporales y espaciales (sociedad, mundo). La crisis antropológica parece haber llegado al punto de reconocer en el hombre solo un elemento insignificante del gran devenir del universo. Un hombre así entendido no tiene —evidentemente— suficiente dignidad para ser «capaz» de llevar en sí lo divino. Si se relega a Dios a la esfera celeste —y, por consiguiente, se aplasta al hombre sobre la terrena—, toda mediación entre lo divino y lo humano se vacía de valor: los dos polos quedan separados, ya no pueden unirse. La figura de Cristo, mediador entre Dios y los hombres, y la vida de la Iglesia, enviada para hacer presente a Dios a los hombres, siguen

siendo incomprensibles. Toda «encarnación» de lo divino en lo humano está en crisis: Dios está lejos y cuesta verlo presente en Jesús de Nazaret y en una Iglesia formada por hombres y mujeres. Un Dios encarnado ocupa necesariamente un espacio y un tiempo, crea vínculos entre los hombres (comunidad) y con el mundo (cuerpo, materia). A un Dios encarnado, por tanto, se llega necesariamente a través de una comunidad y un camino que valora el cuerpo y la materialidad. A un Dios desencarnado, en cambio, se llega a través de un camino individual y de un desprendimiento progresivo del cuerpo hacia la esfera del espíritu. La crisis de la Iglesia en la conciencia de muchos parece ser, pues, un aspecto de la crisis más general de la antropología, particularmente en la esfera fundamental de la relación entre lo humano y lo divino.

LA DIFICULTAD DE HACER CONEXIONES ENTRE FE Y VIDA:
¡UNA REFLEXIÓN PERSONAL EN VOZ ALTA!

Fuerte es la depresión que anima nuestros contextos catequísticos. Pero con paradojas evidentes y emblemáticas de la temporada que atravesamos.

En realidad hay un signo que es uno de los dones más preciosos que vive hoy la comunidad cristiana: los catecúmenos. ¡Todavía hay gente que se convierte! ¡Aceptan el desafío del evangelio para una vida «nueva»! ¡Adultos que tienen historias de vida extraordinarias! Historias de vida que dan testimonio de la apertura de la humanidad a Dios.

Y, sin embargo... ¡todavía es difícil reconocerlo como un momento generativo! El drama de los niños distraídos o no involucrados en nuestros cursos de catequesis aún prevalece y hace más ruido... un adulto que pide emprender el camino de la vida cristiana no es noticia. Tal vez hasta se lo mire con recelo... ¡porque la normalidad es otra cosa!

Pero ¿puede la gracia de Dios estar contenida en nuestros esquemas? ¿Hay normalidad en el movimiento rugiente del Espíritu Santo? ¿Podemos pensar en controlar, gestionar, influir en un encuentro transformador?

Asistimos a un proceso de duelo difícil: no podemos aceptar que los niños y jóvenes no quieran ir a las parroquias, que los adultos y los padres no se involucren, que los jóvenes busquen en otros lugares espacios en los que probarse...

De ahí el drama: ¿tiene todavía sentido el evangelio? ¿Sigue siendo viable la vida cristiana? ¿No deberíamos ser un poco más modernos?

Si se me permite: no son las anotaciones correctas y no ayudan a construir... pero bloquean.

Bastaría saborear la narración bíblica para darse cuenta de que Dios nunca se entrega a los proyectos humanos, sino que siempre cada encuentro es una sorpresa que hace evolucionar.

Hoy hay una demanda creciente de cambiar la catequesis... (¡El cómo, el qué y el quién!). Pero vista más de cerca, la petición está fundamentalmente ligada a cómo involucrar e interesar a los niños en el hecho cristiano..., cómo involucrar a los padres..., cómo elegir padrinos o madrinas..., ¿cómo administrar los sacramentos? Preguntas indudablemente legítimas pero parciales.

¡Aceptaría con gusto el desafío de «cambiar» la catequesis! Pero en el sentido más profundo de la petición sabiendo que la catequesis está impulsada por un proceso fundamental que es necesario redescubrir: ¡anuncio, conversión y profesión de fe! ¡Un proceso que precede a la vida sacramental que abre la existencia a la nueva vida de relación y fraternidad!

Esto significaría entonces: la primacía de la Palabra de Dios, la conciencia y sus dinamismos, la significación educativa, la conexión entre fe y vida, la comunidad, el mundo...

Una provocación: ¿se puede cambiar?

— En la historia hay básicamente cuatro modelos de catequesis...

— ¡La experiencia italiana está llena de pautas y reglas que no siempre se han convertido en práctica!

- ¡Pero cada iglesia local lo está intentando!
- ¡Cambiar las palabras (evangelización, anuncio...) no resuelve el problema de la conexión entre el evangelio y la vida!
- Hay limitaciones obvias en nuestro sistema: pero el evangelio no está fuera de tiempo ni pasado de moda...
- Hay otros déficits: algunos reconocibles, otros más disimulados...

Por eso no es posible cambiar solos... ¡sino que se necesita una verdadera acción coral!

El criterio fundamental para ser «Iglesia» se mide en tres grandes experiencias: la comunidad que proclama, celebra y teje la red de fraternidad.

¿Quién custodia el anuncio, la celebración y la fraternidad? La respuesta es: toda la comunidad cristiana, el pueblo de Dios en la variedad de sus carismas. Los pastores testifican que los dones de la palabra, de los sacramentos y de la caridad fraterna vienen del Señor, pero no son sus mediadores ni sus poseedores: con razón el papa Francisco advierte a menudo contra el riesgo del clericalismo, síntoma y causa de malentendidos, de penurias, e incluso abusos de poder y de conciencia en la Iglesia.

Los pastores humanos, a los que los fieles están inmensamente agradecidos, son los ministros de la gracia, son los «colaboradores de la alegría» de la comunidad cristiana (cf. 2 Cor 1,24), son los signos vivos de que Cristo mismo, como el único Buen Pastor, reúne a su rebaño y lo alimenta.

Toda la comunidad proclama la Palabra de Dios, celebra la eucaristía y teje la red de la fraternidad. El pastor —presbítero u obispo— «preside» la misión de todo el pueblo de Dios. Como escriben san Agustín y san Gregorio Magno, presidir debe entenderse como «ser para» (ser pre-venido a beneficiarse: cf. respectivamente *La ciudad de Dios*, 19,19 y *La regla pastoral*, 11,6) y nunca como «dominante» (cf. 1 Pe 5,3): favorecer la misión de todos y ciertamente no absorberla en uno mismo ni obstaculizarla.

El hecho de que la Iglesia no sea una «democracia» no significa que sea una «monarquía». La Iglesia es, de hecho, un «sínodo». El Concilio Vaticano II, recuperando las perspectivas del Nuevo Testamento y de la tradición, volvió a poner en primer plano la visión de la Iglesia como pueblo de Dios en camino a lo largo de la historia. Y ha iniciado un proceso de «sinodalidad» que pasa también por algunos instrumentos de participación y corresponsabilidad en la vida de la Iglesia.

CATEQUESIS ENTRE UN «YA Y TODAVÍA NO...»

«¿Qué debemos hacer?» es la pregunta recurrente que se hacen los catequistas, hombres y mujeres, párrocos y, en general, las comunidades parroquiales. El resquebrajamiento de esquemas y costumbres catequísticos y pastorales son preguntas regeneradoras que, al examinarlas más de cerca, se han planteado las comunidades cristianas de todos los tiempos.

Es el mismo evangelio, por otra parte, el que, habitando la historia, insta a la Iglesia a mediar y facilitar un encuentro vital con un Dios que está constantemente en busca de cada hombre y mujer.

La temporada de pandemia ha sacado a relucir contradicciones y tensiones en nuestra forma de ser, o de intentar mostrarnos, una comunidad atractiva y proactiva. Situaciones ya abundantemente descritas y analizadas. Pero cierta pereza, a menudo disfrazada de disculpa superficial, ha frustrado o debilitado cualquier intento de desarrollar herramientas para perseguir el objetivo de la evangelización.

«El futuro nunca será como lo imaginamos, pero la pandemia ya ha revelado cuántas retóricas (y creencias) urbanas han contribuido a alimentar la visión del futuro»¹. El devenir del tiempo y de la historia, a pesar de la tragedia del evento pandémico, ofrece a la comunidad de hombres y mujeres y también a la comunidad cristiana la posibilidad de generar y acompañar las transiciones necesarias, con la valentía de liberarse de visiones engañosas y divergentes.

¹ E. GRANATA, *Placemaker* (Einaudi, Torino 2021), 140.

Se vuelve imprescindible aprender a hacer las preguntas adecuadas para habitar el tiempo cotidiano que se nos regala como un bien preciado. Quizá aquí resida una posible intuición para la catequesis: vivir la cotidianidad. Como acto de la comunidad cristiana, hace eco de la inaudita Palabra de Dios que nos habla con gestos y palabras. Por otra parte, esta es la actitud del Dios bíblico, que en primera instancia acoge al hombre tal como es: sin embargo, no lo deja tal como es, sino que lo hace evolucionar en el respeto de su libertad. Podemos intentar aprender este estilo bíblico: acoger a las personas en la realidad de su vida, comprenderlas en profundidad y ofrecerles caminos de crecimiento en la fe.

Hay algunas preguntas que podrían alimentar una mentalidad diferente en la propuesta catequética: ¿cómo podemos ayudar a las personas a experimentar las diferentes fases y los diferentes momentos de la vida a la luz del evangelio? ¿Cómo podemos ayudar a las personas a vivir las diferentes fases y los diferentes momentos como un «lugar» de encuentro con el Señor? ¿Cómo podemos sintonizarnos con los procesos de crecimiento de las personas y sus pasajes críticos para que la vida de fe crezca también a través de ellos?

El dinamismo de autotranscendencia de la conciencia humana, el deseo de verdad, belleza, bondad, amor que habita el corazón de cada hombre son transversales a diferentes épocas. Pero este dinamismo y este deseo se declinan en su propia forma según los momentos de la vida. Hay un principio de unidad y diferenciación en la biografía de cada hombre que es importante tener en cuenta en el servicio de anuncios. Guardini lo expresa bien cuando habla de «dialéctica de las fases y de la totalidad de la vida». Cada fase es algo peculiar, que no se puede deducir de la anterior, ni de la siguiente. Por otro lado, sin embargo, cada fase se inserta en la totalidad y obtiene su sentido solo si sus efectos afectan realmente a la totalidad de la vida².

Para regenerar un «nuevo» servicio al evangelio necesitamos una comunidad, un nosotros, que sea un «socio» fiable y creíble. Los catequistas

² Cf. R. GUARDINI, *L'età della vita, Vita e Pensiero* (Brescia), 15-16.

deben entenderse a sí mismos como un signo visible y cotidiano de credibilidad confiable.

«El hombre moderno escucha con más gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos»³. Así se expresó Pablo VI con una expresión que se ha mantenido célebre. Por supuesto, el testimonio se refiere más allá del propio testigo, a otro evento. El «testigo», en efecto, no se propone a sí mismo, sino que da fe del acontecimiento que ha visto y oído y del que ha sido «hecho partícipe». Como cuando alguien es llamado a declarar en un juicio sobre un hecho: el «testigo» debe certificar lo que realmente sucedió. Por supuesto que debe ser creíble, pero el evento del que habla es lo que realmente interesa a sus oyentes.

El tema del testimonio adquiere en nuestros días una relevancia que parece desbordar el ámbito estrictamente religioso. La experiencia de la pandemia también ha llevado a una desconfianza más o menos generalizada hacia la ciencia y los científicos: ha ido mucho más allá de la legítima prudencia y verificación de las declaraciones ajenas. Desde el punto de vista de la fe, esta situación invita a reflexionar sobre el tema de la confianza. La vida se basa en la interacción entre sujetos, que se apoyan unos en otros: sería paranoico y paralizante pretender verificar cada uno de los aspectos del mundo en que vivimos. Pero ¿qué es la confianza? ¿Cuál es la dinámica interna que lleva a un adulto a confiar en el otro? ¿Cómo se puede medir la confiabilidad de una persona? Estas preguntas no son académicas, pero son sumamente candentes y cotidianas en contextos como el de la psicología forense, las investigaciones preliminares y el poder judicial investigador y juzgador.

En el contexto de la catequesis se repite a menudo que el catequista es más importante que el catecismo. Así se transmite la idea de que quien transmite la fe es el primer contenido de la fe misma: los niños son los primeros, por ejemplo, en percibir la autoridad del catequista, incluso antes que los argumentos que transmite. Pero ¿qué hace que

³ PABLO VI, *Discurso a los Miembros del «Consilium de Laicis»*, 2 octubre 1974, en AAS 66, 1974, 568. Texto retomado en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8 diciembre 1975, 41.

un testigo sea confiable? ¿Qué convierte a un adulto en una figura de autoridad? ¿Y cuáles son las posibles distorsiones, incluso involuntarias, en el testimonio? El mundo de la catequesis podría fructificar de una reflexión sobre las dinámicas que conciernen precisamente a la fiabilidad y al testimonio fiable.

Por eso, un verdadero renacimiento de la catequesis solo puede pasar por saberse constantemente en un «ya y todavía no» que, visto de cerca, no es otra cosa que el devenir de la vida en su cotidianidad, siempre tendiendo la mano en busca de alguien que quiere amarte y solicita dejarse amar. Una vez encontrado ese «alguien», no se deja de crecer en la confianza en uno mismo, ejerciendo constantemente una sana salida de los estrechos confines de uno mismo.

Una catequesis capaz de proponer el deseo de Dios es algo que mantiene abierta continuamente la dialéctica entre la duda y la certeza. No hay creyente que sea inmune a la duda y para romper esta dialéctica, esta tensión crea nihilismo por un lado (todo se cuestiona, nada existe) y fundamentalismo por otro (solo hay certeza, no hay dudas, yo soy). Mantener abierta esta pregunta del infinito, no imponer la respuesta sino mantener abierta la pregunta, es algo que nos permite mantener esa tensión virtuosa entre la duda y la certeza que es lo que impide el totalitarismo por un lado y el nihilismo por otro.

Para nuestros días es vital una catequesis que sepa proponer la experiencia de la fe como «aceite y vino» para nuestra humanidad. Una cultura en la que la dimensión de lo físico y lo sensorial ha vuelto a cobrar una importancia abrumadora, la comunicación, la búsqueda de la necesidad de Dios, la comunicación con las personas en busca de Dios, no puede pasar simplemente por la dimensión intelectual; no puede ser abstracto y estar hecho solo de discursos. Es necesario interceptar estas nuevas necesidades, entre ellas una necesidad de fisicalidad, una necesidad de relación corporal con las personas; una corporalidad que, sin embargo, no es idólatra, que es suficiente en sí misma, que es un fin, pero una corporalidad que de alguna manera puede ser subsumida por un amor que nos embellece, que hace del cuerpo no solo un objeto, sino el lugar de oportunidad de conectar con otros. Sobre el modelo

de lo que hizo Jesús, que se hizo carne; no era espíritu, se hizo carne, vino entre nosotros y se dejó tocar por la Magdalena; tocó a la mujer de la hemorragia, untó el barro en los ojos del ciego. El papa Francisco relanza en *Evangelii gaudium* la espiritualidad de la pregunta (que ya era de GS). El «evangelio invita ante todo a responder al Dios que nos ama y que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de uno mismo para buscar el bien de todos» (EG 39).

**EXCEDENCIA: VIVIENDO EL DÍA CON VALENTÍA,
CREDIBILIDAD Y CONFIABILIDAD**

El Concilio Vaticano II, que comenzó el 11 de octubre de 1962. Este evento, el gran don del Espíritu Santo a la Iglesia del siglo xx, fue precedido por una bula escrita en la Navidad del año anterior, que perfila el propósito del Concilio: poner en contacto las energías vivificantes del evangelio con el mundo contemporáneo. Propuesta para hoy: cuidar a la persona para que no se aleje de los desafíos de la vida.

Pablo VI en la última sesión pública del Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965, afirmó: «La Iglesia del Concilio, sí, estaba muy ocupada, tanto consigo misma como con la relación que la une con Dios, con el hombre, con hombre tal como se presenta hoy [...]. La antigua historia del samaritano fue el paradigma de la espiritualidad del Concilio».

Esta frase es el programa fundamental del Concilio Vaticano II: poner el evangelio en contacto con el mundo. El papa no dice que el propósito del Concilio sea renovar la Iglesia, o recordar la importancia de la Iglesia, o aumentar el número de miembros de la Iglesia..., pero inmediatamente pone a la Iglesia «al servicio», porque la Iglesia existe para poner el evangelio con el mundo.

El comienzo de la constitución *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, que comienza así: «Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, especialmente de los pobres y de los que sufren, son las alegrías y las esperanzas, las tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y no hay nada auténticamente humano que les sea ajeno». Una vez más, la Iglesia y el mundo

se entrelazan: los cristianos son esa parte del mundo que comparte inquietudes y esperanzas a la luz de Cristo.

Bueno, esa es la razón por la que buscamos compañerismo.

Lo hacemos porque confiamos en que su Palabra, que la Iglesia proclama, pueda encontrar, unir y reconciliar a toda mujer ya todo hombre. La Iglesia solo puede estar en la misma longitud de onda: es lo inédito del evangelio lo que la impulsa a no preocuparse por sí misma, sino a entregarse libremente a lo que su Esposo ama, ¡cada hombre y cada mujer! Por eso, como enseñó Pablo VI, «la Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en el que se encuentra viviendo. La Iglesia habla; la Iglesia se convierte en mensaje; la Iglesia se convierte en conversación» (*Ecclesiam suam*, 67). Y lo hace todos los días, sin demora.

La constitución pastoral *Gaudium et spes* nos muestra tres caminos por los que caminar juntos, entre los creyentes y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

- El primer camino se refiere a la práctica continua de esa actitud que inerva todo el documento: el discernimiento de los «signos de los tiempos». Surge de una clara conciencia de que la Iglesia no se opone al mundo, sino que está en una relación de mutua «copertenencia» con él, que no puede dejar de compartir solidariamente con todo lo que es verdadero en el mundo, correcto, bueno y hermoso.
- La segunda pista nos lleva directamente al corazón de la *Gaudium et spes*: el ser humano, considerado en toda su dignidad de persona. Es el ser humano quien establece el vínculo entre la Iglesia y el mundo. Es a la humanidad a la que la Iglesia está llamada a servir, para que el plan de Dios y de su amor se realice plenamente.
- El tercer eje se refiere al carácter ministerial de la Iglesia, es decir, una Iglesia que se pone al servicio de Dios y de su reino y, precisamente por eso, al servicio de la humanidad y, como nos recuerda el papa Francisco, de fraternidad universal y cuidado de la casa común.

Algunos ingredientes fundamentales para crear conexiones

Comunidad. La comunidad no está dada *a priori* y no corresponde totalmente a la parroquia, aunque esta sea el lugar eclesial natural en el que imaginarse ser una comunidad que se reinicia. Juntos y en la parroquia, sin embargo, no deben olvidarse las asociaciones y movimientos, que a menudo tienen su «campo base» en la parroquia, pero que también desarrollan caminos pastorales específicos, como los vinculados a la iniciación cristiana o al apostolado ambiental. En realidad, la comunidad es ante todo un lugar interior y luego relacional, de escucha, de narración, de confrontación con la Palabra de Dios y de anuncio. Ya no se puede suponer que quienes se reúnen para la eucaristía sean comunidades. Tampoco podemos olvidar a las personas que se han alejado ya las que por diversas razones les resulta difícil restablecer una relación con la Iglesia. La tarea de los formadores y catequistas es restablecer los lazos en nombre del evangelio. Las estructuras parroquiales y diocesanas están, por tanto, llamadas a renovarse, pasando de los proyectos tradicionales a la atención a la existencia concreta de las personas (cf. CEI, *Incontriamo Gesù*, 66). Desde este punto de vista, «hacer comunidad» significa impulsar las relaciones, liberándolas de la tentación de la posesión o del número y sacando a relucir la aportación de cada uno. Una mirada contemplativa impregnada de la Palabra de Dios permitirá llevar la vida real a la oración doméstica ya la celebración eucarística.

La catequesis era la comunidad... hoy ya no es un principio válido (catequesis sacramental, etc.).

Los experimentos realizados en Italia atestiguan que han funcionado donde hay una comunidad de adultos.

Escuchar. Escuchar es parte de la espiritualidad bíblica del creyente. Esto supone que usted acepta que aún no tiene una respuesta lista, que no da nada por sentado. La escucha requiere una sana empatía y se adhiere a la realidad de la persona. Solo esta actitud permite sumergir la propia vida en la Palabra de Dios con libertad y sin forzar ni fingir. Solo de esa escucha, fiel a la vida, brota cuidar al otro según sus necesidades

reales y al ritmo de su caminar en la fe, confiando en que el Señor está obrando en cada situación.

Dar tiempo y leer la realidad (por ejemplo, modificación de pasajes de la vida).

Narración. Quien se siente escuchado con amor habla de sí mismo ante el rostro del Padre, que Jesús le ha revelado. Enseñar a decirse significa ayudar a reconocerse discípulos de Cristo en la escucha constante del Maestro y de los demás. La catequesis basada en la escucha y la narración a la luz de la Palabra de Dios valora la familia y la comunidad como lugares principales de vida y de fe. La familia y los adultos, con su vida ordinaria, ayudarían a superar el enfoque dirigido únicamente a los sacramentos y la atención casi exclusiva a los niños y jóvenes (cf. CEI, *Incontriamo Gesù*, 29).

La fuerza de la propuesta.

Creatividad. La comunidad cristiana creativa no persigue a toda costa la retórica de lo nuevo, sino que identifica las prioridades y lo esencial del anuncio: el kerigma (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 164). Un ejemplo de esta creatividad es el anuncio que encuentra espacio en el mundo de las redes sociales. Este nuevo ambiente puede estar al servicio de la catequesis: no sustituye a ese «cuerpo a cuerpo» en el que se expresa físicamente la alegría contagiosa del evangelio (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 88). Además, el anuncio, que siempre está de manera realista atento al aquí y al ahora de las personas, no puede dejar de tener en cuenta la situación económica y social que se está viviendo. Habitar todos los lugares y lenguas en relación con el anuncio del evangelio es, por tanto, un desafío que exige creatividad y realismo por parte de todos los sujetos eclesiales comprometidos en la evangelización.

Crear conexión (reconciliar opuestos).

Presupuesto para un relanzamiento

En una civilización paradójicamente herida por el anonimato y, al mismo tiempo, obsesionada por los detalles de la vida de los demás, desvergonzadamente enferma de morbo, la Iglesia necesita una mirada

cercana para contemplar, conmoverse y detenerse frente al otro todas las veces que sea necesario. En este mundo, los ministros ordenados y otros agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia deberá iniciar a sus miembros —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias frente a la tierra sagrada de los demás (cf. Ex 3,5). Debemos dar a nuestro camino el sano ritmo de la proximidad, con una mirada respetuosa, llena de compasión pero que al mismo tiempo nos cura, nos libera y nos anima a madurar en la vida cristiana (EG 169).

Algunas perspectivas:

- Encontrar caminos creativos para el evangelio.
- Imaginar la Iglesia del mañana.
- Dar cabida a nuevas figuras eclesiales.
- Generar más humanidad en el cristiano.
- Ser levadura en la sociedad.